

**Conferencia bilingüe de las iglesias en el sur de Florida  
17-19 de agosto del 2018**

**CONSAGRARNOS AL SEÑOR Y A SU ECONOMÍA  
SEGÚN LA REVELACIÓN HALLADA  
EN EL LIBRO DE LEVÍTICO**

Mensaje uno

**La consagración de los sacerdotes**

Lectura bíblica: Lv. 8:1-36

- I. Después de la promulgación de la ley y la edificación del tabernáculo en el Sinaí, Dios le dio a Su pueblo todos los capítulos de Levítico a fin de adiestrarlo para que adore a Dios y participe de Él, y para que lleve una vida santa, limpia y gozosa.**
  
- II. El relato en Levítico 8 trata sobre la consagración de Aarón y sus hijos, los sacerdotes:**
  - A. Esto indica que las ofrendas descritas en los capítulos del 1 al 7 tienen como finalidad la consagración, u ordenación, de los sacerdotes.
  - B. En hebreo, la palabra *consagrar* (Éx. 28:41; 29:9, 33, 35) significa “llenar las manos”; al consagrarse Aarón para recibir la posición santa de sumo sacerdote, sus manos vacías fueron llenadas (Lv. 8:25-28).
  - C. Nuestra consagración al sacerdocio debe realizarse con el Cristo todo-inclusivo como las cinco ofrendas (el holocausto, la ofrenda de harina, la ofrenda por el pecado, la ofrenda por las transgresiones y la ofrenda de paz) que “llena nuestras manos” para nuestro disfrute.
  - D. Todo cuanto Cristo es para nosotros y hace por nosotros, según lo tipifican las ofrendas, tiene como finalidad constituirnos sacerdotes—1 P. 2:5, 9; Ap. 1:6; 5:10; cfr. 2:6.
  - E. Que Cristo sea constituido en nosotros cuando nosotros le disfrutemos como las ofrendas es la ordenación divina; la consagración es una acción realizada por nosotros (nosotros nos consagramos a Dios); la ordenación es una acción realizada por Dios (Dios nos ordena).
  - F. La consagración de Aarón y sus hijos a la entrada de la Tienda de Reunión significa que nuestra consagración al sacerdocio no sólo es hecha ante Dios, sino también en pro de la iglesia—Lv. 8:1-3.
  - G. Que Moisés lavara con agua a Aarón y sus hijos significa que para consagrarnos al sacerdocio, tenemos que ser lavados por el Espíritu—v. 6; 1 Co. 6:11.
  - H. Que Moisés ungiera el tabernáculo, el altar y el lavacro, con todos sus utensilios, para santificarlos (Lv. 8:10-11) significa que Cristo y la iglesia (el tabernáculo), la cruz (el altar) y el lavamiento del Espíritu (el lavacro) están vinculados al sacerdocio neotestamentario con miras a la santificación de los sacerdotes:
    1. Que Dios nos ordene sacerdotes guarda relación con la santificación, el que seamos hechos santos, esto es, que seamos apartados para Dios y saturados de Dios, el Santo.
    2. La unción trae al Dios Triuno —a quien se añadieron como componentes la humanidad de Cristo, Su vivir humano, Su muerte, Su resurrección y Su

ascensión— a los sacerdotes y a la vida de iglesia; esto indica claramente que la unción del sacerdocio tiene como finalidad hacer que Dios sea uno con nosotros, pues la unción significa que todo cuanto Dios es, así como todo cuanto Él hace y hará, llega a ser nuestro—1 Jn. 2:20, 27; Éx. 30:22-26.

3. En la consagración de los sacerdotes, la ofrenda por el pecado y el holocausto venían inmediatamente después de la unción (Lv. 8:14-21); estas ofrendas nos recuerdan quiénes somos, qué somos y qué deberíamos ser pero no somos.
- I. Que Moisés vistiera a los hijos de Aarón con vestiduras sacerdotales significa que los creyentes, por ser sacerdotes neotestamentarios, están adornados con los atributos divinos de Cristo mezclados con Sus virtudes humanas; nuestra expresión externa debe manifestar los atributos divinos de Cristo expresados en las virtudes humanas—v. 13:
1. Según la tipología, las vestiduras representan expresión (cfr. Is. 64:6; Ap. 19:8); las vestiduras sacerdotales representan la expresión de Cristo manifestada por los sacerdotes que sirven; además, los sacerdotes eran santificados, apartados para Dios, por sus vestiduras santas (Éx. 28:2-3).
  2. Las vestiduras sacerdotales, cuya función primordial era manifestar gloria y hermosura (v. 2), representan la expresión de la gloria divina de Cristo y de Su hermosura humana; la gloria se relaciona con la divinidad de Cristo, Sus atributos divinos (Jn. 1:14; He. 1:3), y la hermosura, con la humanidad de Cristo, Sus virtudes humanas.
  3. La divinidad de Cristo, tipificada por el oro de las vestiduras sacerdotales, manifiesta gloria, y Su humanidad, tipificada por los hilos azules, púrpuras y escarlatas y el lino fino, manifiesta hermosura (Éx. 28:4-6); una vida que expresa a Cristo con la gloria divina y la hermosura humana nos santifica y nos hace aptos para constituir el sacerdocio (cfr. Ro. 13:14).
- J. El novillo de la ofrenda por el pecado representa al Cristo más fuerte y rico que es nuestra ofrenda por el pecado y que, como tal, pone fin a la carne, al viejo hombre, al pecado que mora en nosotros, a Satanás, al mundo y al príncipe de este mundo, a fin de que podamos ejercer el sacerdocio neotestamentario; esto nos recuerda que, en cuanto a nosotros mismos, nuestra constitución intrínseca está compuesta de todas esas cosas negativas y que necesitamos ofrecer a Cristo diariamente como nuestra ofrenda por el pecado a fin de ejercer nuestro sacerdocio—Lv. 8:14:
1. Los sacerdotes habían de comer la ofrenda por el pecado en el lugar del santuario para que llevaran sobre ellos “la iniquidad de la asamblea, para que [hicieran] expiación por ellos ante Jehová”—10:17.
  2. Que los sacerdotes participaran de la ofrenda por el pecado para llevar sobre sí la iniquidad del pueblo significa que nosotros, los sacerdotes neotestamentarios, somos partícipes del Cristo que es la ofrenda por el pecado presentada por los creyentes en el sentido de que participamos en la vida de Cristo, la vida que lleva sobre sí los pecados de otros, como el suministro de vida que nos capacita para sobrellevar los problemas del pueblo de Dios.
  3. El rico disfrute que tenemos de Cristo como nuestra ofrenda por el pecado en la vida de iglesia nos capacita para ministrar a los creyentes el Cristo que es la vida que pone fin al pecado, a fin de que así ellos puedan tomar medidas con respecto a sus pecados y restaurar su comunión con Dios, la cual había sido quebrantada—Gá. 6:1-2; Ef. 4:2.

4. A medida que disfrutamos a Cristo como la vida que pone fin al pecado, debemos tener la capacidad de llevar sobre nosotros la iniquidad del pueblo de Dios; debemos aprender a ministrar Cristo a los santos queridos que están en pecado:
  - a. Ministrar a una persona el Cristo que es la vida que pone fin al pecado no significa ir a ella para señalar sus faltas y condenarla; esto sólo causará daño.
  - b. Una persona que peca normalmente tiene su corazón endurecido (He. 3:13); si hemos de ministrar Cristo a ella, tenemos que confiar en el Señor para tener la gracia con el Espíritu a fin de ablandar y calentar su corazón endurecido.
  - c. Entonces el propio Cristo como vida le será ministrado real, verdadera y ricamente, y esta vida, la cual es el Espíritu, obrará en su interior; ella entonces será sanada por el Espíritu mismo, la vida de Cristo, ministrado en su interior por medio nuestro.
  - d. Esto es lo que significa, según Levítico, llevar sobre sí la iniquidad del pueblo de Dios; ésta es la manera de eliminar los pecados entre algunos santos de modo que finalmente ellos puedan ser recobrados.
- K. El carnero del holocausto (8:18) representa al Cristo fuerte, como nuestro holocausto, en virtud de quien ejercemos nuestro sacerdocio neotestamentario; esta ofrenda nos recuerda que, como servidores, tenemos que estar absolutamente entregados a Dios, pero no lo estamos; por tanto, debemos tomar a Cristo como nuestro holocausto diario (6:12) a lo largo de la noche oscura de esta era hasta la mañana, o sea, hasta que el Señor retorne (v. 9).
- L. El carnero de la consagración (8:22) representa al Cristo fuerte en virtud de quien nos consagramos para ejercer nuestro sacerdocio:
  1. Parte de la sangre del carnero de la consagración era puesta sobre la oreja derecha de Aarón y de sus hijos, sobre el dedo pulgar de su mano derecha y sobre el dedo pulgar de su pie derecho (vs. 23-24); esto significa que la sangre redentora de Cristo purifica nuestros oídos con relación a lo que oímos, nuestras manos con relación a nuestro trabajo y nuestros pies con relación a nuestro andar.
  2. Al servir a Dios, tenemos que aprender a prestar atención a la palabra de Dios (Lc. 10:38-42), hacer lo que Él nos exige y andar conforme a Su camino; en Levítico 14:14 se usó el mismo procedimiento para limpiar a un leproso, lo cual indica que a los ojos de Dios quienes hemos sido ordenados para ser Sus sacerdotes somos pecadores inmundos, como los leprosos.
  3. Nuestro oír se menciona primero porque éste afecta nuestro trabajo y nuestro mover; como lo indican Isaías 50:4 y 5, un siervo de Dios debe tener un oído que oiga; un siervo que no escucha las palabras de su Amo no puede servirle conforme a Su voluntad, corazón y deseo.
- M. El proceso mediante el cual Aarón y sus hijos eran consagrados se repetía durante siete días para que fuesen expiados (Lv. 8:33-36), lo cual significa que debemos recordar todo lo que conlleva nuestra consagración y ordenación como sacerdotes neotestamentarios; la solemnidad de la consagración y ordenación de los sacerdotes se nos presenta en el versículo 35, lo que nos sirve de advertencia para que no entremos en el sacerdocio neotestamentario ni en el disfrute de Cristo de una manera descuidada (cfr. 1 Co. 11:27-29).